sus dos orillas festoneadas de papiros, ese nombre, y de las que la una está en Nápoles rey de los cañaverales. Tan pronto son de- y la otra en Siracusa. Dos mil trescientos se lamenta como si la voz de la misma ninfa sub judice lis est, como dice Horacio. refiriese todavía á Ovidio su trisle metamórllares de pájaros acuáticos que volaban á ademas! nuestra aproximacion ó se escondian entre las cañas, cuya fuga podíamos seguir con la vista por el movimiento que imprimian á aquel bosque de jurcos flexibles y móviles. Asi fuimos subiendo durante una hora, hasta que llegamos al manantial de la fuente, gran estanque de un centenar de pies de circunferencia. Alli es donde Pluton hirió la tierra con su tridente y desapareció en el inflerno. Asi, creen algunos que este manantial es un abismo del que jamás se ha podido hallar el foudo. Las gentes del pais le llaman Lapsima. Al rededor de este manantial es donde los carta- que no quise ir á ver detenido por el calor gineses establecieron su campo.

Al volver, el conde Gargallo mandó á nuestros marineros detenerse un instante en un delicioso reducto sombreado por todas qués actual sirvió especialmente de panteon á partes por grandes espesuras de papiros, cu- la familia. Habia una antigua tradicion sobre la yas frondosas copas mecia con gracia el mas leve viento. Alli es donde quiere la tradicion que haya pasado la escena de las hermanas Calipiges.

Las hermanas Calipiges eran, como se sabe, siracusanas. No solo eran las dos mas ricas herederas de la ciudad, sino aun las dos hecho le condenasen à muerte. Anade la tramas bellas que podia haber desde Megara al dicion que habia permanecido en aquel reticabo Pachinum. Entre los dones que la pró- ro durante diez años y habia estado alli basvida naturaleza se dignó prodigarlas, era la esbeltez de sus formas lo que las daba nombre. Mas, un dia que las dos hermanas se bañaban juntas en el sitio en que nos hallábamos nosotros, rineron, pretendiendo cada una de ellas ser mas bella. El proceso era dificil de juzgar para las mismas interesadas, asi que sentiren abandonar la Sicilia, esperando siemllamaron à un pastor que tenia paciendo sus pre que sonaria para ella la hora de la liberrebaños en las cercanias. El pastor no se hi- tad y creyendo que debia estar alli dispuesto zo llamar dos veces; acudió corriendo y las a la primera señal. dos hermanas saliendo del agua y mostrándose à él en toda su deslumbrante desnudez, le rones de aquella familia, el marqués y el conde hicieron juez de la cuestion. El nuevo Paris de San Floridio. El marqués habitaba en Messimiró largo tiempo indeciso, dirigiendo sus na y el conde en Siracusa. El marqués era viuardientes miradas de la una á la otra; se de- do y sin hijos y no tenia consigo mas que dos claró por la mayor. Encantada del juicio, ella criados, una jóven de Catania, llamada Terele ofreció su mano y su corazon, que el pas- sina, que habia pertenecido á la servidumbre tor, como se comprende bien, aceptó con de su muger y podria tener diez y ocho á reconocimiento. En cuanto á la mas jóven, hizo la misma oferta al hermano segundo del mas, que se llamaba Gaëtano Cantarello, úljuez, que, llegando en el momento en que timo descendiente de aquella raza de fieles acaba de propunciar su juicio, habia declarado servidores que habian dado al marqués una su parecer en contra de él. Los cuatro jove- prueba tan grande de abnegacion, y que de nes edificaron entonces un templo á la Belle-padres á hijos habian permanecido en la casa za; y como cada uno de ellos continuaba fir- del primogénito de la familia. Este primogéme en su opinion, las dos rivales se decidie- nito era el único que conocia el secreto del ron á apelar de ella á la posteridad: hicieron subterráneo, secreto que trasmitia á su hijo, y construir por los dos mejores estatuarios de que estaba tanto mejor guardado cuanto que

las mil vueltas y revueltas de aquel rio entre I la época las dos Venus, que todavía llevan su liciosos lagos de los que se ve el fondo, tan años han pasado de aquella época y la postepronto una corriente rapida y estrecha, que ridad indecisa todavía no ha fallado: Abhuc

¡Dichoso tiempo, en que los pastores se fosis; aqui pequeñas islas habitadas por mi- desposaban con princesas! ¡Y qué princesas

## LA CAPILLA GÓTICA.

Se recordară aquella capillita gotica que me enseñó mi guia desde lo alto del Enípoli v senegámbico que hacia en aquel momento. Aquella capilla pertenecia à la familia de San Floridio. Edificada por un antepasado del marcapilla, que no contenia solamente, segun decian bóvedas mortuorias: se hablaba de subterráneos desconocidos en los que un conde San Floridio se habia refugiado en la época de las guerias con los aragoneses de España, guerras durante las cuales su patriotismo hubiera tante bien alimentado por antiguos servidores que con peligro de su propia vida le llevaban cada dos noches á aquel subterráneo de comer y de beber. Veinte veces el conde San Floridio hubiera podido salvarse v llegar à Malta ó á Francia; pero no quiso jamás con-

En 4785 todavía existian dos vástagos vaveinte años y un hombre de treinta años á lo sidad de recutrir de nuevo á aquel asilo, que gunos dias.

era imposible descubrir.

Hemos contado al hablar de Messina el to por el golpe de una viga; sus dos servidode su hermano mayor. Habiendo muerto el repetidas escavaciones, no se llegó à enconde le consoló diciéndole, que la fidelidad de los servidores de la familia era demasiado Cantarello respondió, que despues de haber perdido tan buen señor no queria ya servir á nadie. El conde le preguntó entonces si copor el conde en seguida de aquella conversacion fué rehusada por aquel digno servidor, de de San Floridio entró en posesion de la fortuna de su hermano, que era inmensa, y tomó el título de marqués.

Diez años habian pasado desde este acontecimiento, y el marqués de San Floridio, que habia hecho reedificar el palacio de su hermano en Siracusa; pero ya estuviese en Siracusa ó en Messina, jamás dejaba de mandar decir en la capilla de la familia una misa por el descanso del alma del difunto. Esta misa se torneo. celebraba á la misma hora en que habia tenido lugar el suceso, es decir, á las nueve de la noche.

Habia llegado el décimo aniversario, que debia celebrarse con la pompa acostumbrada, pero al que debia asistir un nuevo personage que representa el principal papel en esta historia. Era el jóven conde don Fernando de San brillar de gozo los ojos del buen duque de San

de un momento á otro los marqueses de San Floridio, que habiendo cumplido diez y och o Floridio, que habian pertenecido constante- años, habia concluido sus estudios y habia llemente al partido patriota, podian tener nece- gado del colegio de Palermo hacia tan solo al-

Don Fernando sabia perfectamente que llevaba uno de los mas bellos nombres y que detemblor de tierra de 1793 y sus deplorables de fectos. El marqués de San Floridio fué una la Sicilia. Así que había vuelto hecho un verdade las victimas de aquel triste suceso. La fe- dero hombre: era un joven bello, de cabellos chumbre de su palacio se hundió y fué muer- negros como el ébano, cuyo color desaparecia lesgraciadamente bajo los polvos que en aqueres Teresina y Gaëtano escaparon sin lesion, lla época se llevaban: de negros ojos, nariz aunque Gaëtano por intentar salvar à su se- griega y dientes de esmalte; llevaba la mano en nor, segun se dice, permaneció mas de una la cadera, el sombrero un poco ladeado, y dehora bajo los escombros de la casa. El con- masiado despreocupado y chancero, como era de de San Floridio que representaba la se- de moda en aquella época, á espensas de las gunda rama se encontró por esta razon gefe cosas santas; por lo demas escelente caballede la familia, y heredó el titulo y la fortuna ro, fuerte en la esgrima y nadador como un pescado, cosas todas que se aprendian en el marqués en el momento en que menos lo es- colegio de los nobles. Solo que se decia que peraba se había llevado consigo el secreto a estas lecciones clásicas las bellas damas de de la capilla; pero preciso es decirlo, no fué Palermo habian añadido otras, á las que el aquel secreto lo que el conde San Floridio conde Fernando no se habia aficionado menos sintió mas, sino una suma de 50 ó 60,000 du- que á aquellas, de que tambien se habia aprocados de plata contante que sabia existian en vechado, por mas que esas leccioues femenilos cofres del difunto y que, à pesar de nas no estuviesen incluidas en el programa universitario. Tal era en fin, el conde cuando trar. El pobre Cantarello estaba desesperado volvia á Siracusa; jóven, bello, valiente, y en por aquella desaparicion que podian, decia esa edad de ventura en que todos los hombres mesándose los cabellos, imputársele. El con- se creen destinados á convertirse en héroes de alguna novela.

Este era el nuevo personage que llegó el conocida para que semejante sospecha pu- dia aniversario de la muerte del marques. El diese alcanzarle; y como pensaba de que lo padre y la madre del conde habian prevenido sentia asi, le ofreció ocupase à su lado el tres dias antes à su hijo estuviera preparado empleo que ocupaba con su hermano; pero para esta fúnebre ceremonia. Don Fernando, que gustaba poco de las iglesias, y que, como hemos dicho, era algo volteriano, hubiera deseado poderse dispensar de aquel sacrificio; nocia el secreto de la capilla; Cantarello ase- pero comprendió que no habia medio de susguró que no. Una suma considerable ofrecida traerse á aquel deber de familia, y que cualquiera escapatoria de ese género, tratándose de un tio del que se habia heredado cien mil que se retiró á las cercanias de Catania y del libras de renta, seria un paso inconveniente. que no se volvió à oir hablar mas. El con- Por otra parte, esperaba que la ceremonia atracria à la capillita, por mas aislada que estuviese, á alguna linda dama de Siracusa ó á alguna bonita aldeana de Belvedere, y que de este modo la toilette que se veia obligado à hacer en aquella triste ocasion no seria perdida del todo. Don Fernando se plegó, pues, de no, habitaba el verano en Messina y el invier- bastante buen grado à las circunstancias, y despues de haber dejado á sus padres en su litera, saltó tan resueltamente en la suya, como si se tratase para él de ir à figurar en un

Digamos algo, aunque de paso, de esta encantadora manera de viajar. No hay en Sicilia mas que tres modos de locomocion: el carruage, la mula ó la litera.

El carruage es en la antigua Trinacria lo que en todas partes, à no ser que se ha conservado alli una forma de carroza que haria mundo. Las carrozas han sido hechas para las sulta de aqui que cuando se viaja fuera de esta linea es preciso ir en mula ó en litera.

Todo el mundo sabe lo que es ir en mula. modo de viajar; pero es bastante general ignorar lo que es ir en litera, á lo menos tal como se entiende en Sicilia.

La litera es una gran silla de manos, construida generalmente para dos personas, que en lugar de estar sentadas tocándose por los brazos, como en nuestros cupés modernos, están colocadas frente á frente como en nuestros antiguos vis-à-vis. Esta litera está sostenida sobre una doble angarilla, que se coloca en el lomo de dos mulas: un criado conduce la primera, y el segundo no tiene mas que seguirle. Resulta de aqui que el movimiento de la litera, sobre todo en un pais tan quebrado como la Sicilia, corresponde bastante exáctamente al movimiento de balanceo de un bumar. Asi generalmente se toma horror á las personas con quienes se viaja de esta manera. Al cabo de una hora de esta locomocion, disputa uno con su mejor amigo, y al fin de la habia vuelto á parecer. Sin embargo, aquella primera jornada se desafla uno à muerte. Damon y Pitias, esos antiguos modelos de la amistad, si hubieran salido de Catania en lite- Belvedere, y que segun todas las probabilidara, se habrian desafiado y batido al llegar á des, reflexionando su hijo que dadas las once Siracusa, y se habrian degollado fraternal- Siracusa cerraba sus puertas bajo pretesto de mente ni mas ni menos que Eteocle y Polinice.

El marqués y la marquesa bajaron de la litera disputando entre si y sin que el uno pensase en ofrecer la mano à la otra, de suerte que la marquesa se vió obligada á llamar á sus criados para que la ayudasen á bajar.

izquierdo, y entro en la pequeña iglesia si- aquel dulce sueño. guiendo á sus nobles padres.

no tardó en dormirse.

Simon, si para castigar los pecados de nuestra y ocho años. Así que el Oficio de difuntos se época, permitiera Dios que volviera á este cantaba sin que fagot, órgano, ni De profundis le despertasen. Terminado el Oficio de dicalles por donde se puede pasar en carroza y funtos, la marquesa le buscó por todas partes para los caminos por donde se puede viajar y aun le llamó en voz baja; pero el marqués, en carruage; hay en cada ciudad mas ó meas de mal humor aun por su viage, se volvió háde esas calles practicables, y de las que o cia su muger y la dijo que su hijo no era mas no podria decir el nombre. En cuanto á los que un libertino que habia educado mal por caminos, son mas fáciles de contar: uno hay su escesiva debilidad de madre, y que sabia que va de Messina à Palermo y vice-versa. Re- muy bien que si se habia perdido no era en la iglesia donde seria preciso buscarle. La pobre madre nada tenia que responder á esto: la ausencia del jóven en circunstancia tan solemy no tengo necesidad de estenderme sobre ese | ne, deponia contra él: bajó la cabeza y salió de la capilla. En seguida el marqués salió tambien y cerró la puerta con llave, y los dos subieron à la litera para volver à Siracusa. La marquesa echó una rápida mirada á la litera de su hijo esperando encontrarle en ella: pero se engañaba; la litera estaba completamente desocupada. Mandó entonces á los conductores esperasen hasta que volviese su hijo, pero el marqués sacó la cabeza por la portezuela, diciendo que puesto que su hijo habia tenido á bien separarse sin decir á donde iba, volveria á pie, lo que por otra parte no era un gran castigo estando la capilla á la distancia de una legua escasa de Siracusa. La marquesa, que estaba acostumbrada á obedecer, subió resignada á la litera conyugal, que se puso al que, y causa tambien el mareo como en el instante en camino, seguida de la litera des-

Al entrar en palacio se informó en secreto del conde, y supo con cierta inquietud que no inquietud se calmó bien pronto cuando recordó que el marqués tenia una casa de campo en ser plaza de guerra, iria á dormir á aquella casa de campo.

Pero, como sabe el lector, no habia nada de esto. El conde de San Floridio no se habia estraviado, como pensaba el marqués, ni habia ido á dormir à Belvedere, como esperaba la En cuanto al jóven conde, saltó muy listo marquesa. Dormia magnificamente en su conde la suya, sacó un bonito espejo de su bol- fesonario, soñando que la princesa de M..., la sillo para asegurarse de que su peinado no se mas linda dama de Palermo, le daba frente à habia desarreglado, ajustó su levita, colocó frente una leccion de natacion en los baños de aristocráticamente su sombrero bajo el brazo la Favorita, y roncando á satisfaccion con

A las dos de la madrugada se despertó, Contra lo esperado por el jóven conde, á estendió los brazos, bostezó, se restregó los escepcion del sacerdote, del sacristan y los ojos, y creyéndose en su cama quiso cambiar monaguillos, no habia nadie absolutamente en de postura, pero chocó rudamente su cabeza la capilla. Arrojó una mirada de disgusto por en un ángulo del confesonario. Tan rudo hatodos lados, dió irreligiosamente tres ó cuatro bia sido el choque, que el jóven conde abrió vueltas por la iglesia, y hallándose bastante desmesuradamente los ojos y se despertó de incómodo de rodillas, concluyó por sentarse repente. Al principio miró con asombro à su en un confesonario, donde, predispuesto como alrededor, no teniendo idea alguna del lugar estaba al sueño por el movimiento de la litera, en que se hallaba; poco á poco fué volviéndole su memoria; recordó el viage de la víspera, El conde dormia como se duerme à los diez | su desagrado al entrar en la capilla, y en fin,

el momento de dejadez y de fastidio que le ha- l agradable sueño, pasar aquella aparicion cerca bia conducido al confesonario, donde se habia de él sin dar señales de verle. Al primer asquedado dormido y donde se despertó. Luego pecto creyó tener que habérselas con algun adivinó lo demas; comprendió que sus padres ser fantástico, con alguno de sus abuelos, que no viéndole junto à si, habian vuelto à Sira- descontento de la parcialidad con que se concusa y le habian dejado, á no dudarlo, en la cedia una misa anual al último marques dicapilla. Fué à la puerta y la halló hermética- funto salia pacificamente de su tumba para mente cerrada, lo que le confirmó en aquella venir á reclamar el mismo favor. Pero cuando suposicion; entonces sacó de su bolsillo un el ser misterioso habia aproximado la linterna reloj de repeticion, le hizo dar, se aseguró de a su boca para apagarla, la luz que proyectaque eran las dos y media de la mañana, pensó ba habia iluminado su fisonomia y el conde muy juiciosamente que las puertas de Siracusa habia reconocido perfectamente en el persoestaban cerradas, y que todo el mundo estaba nage de la capa un hombre de alta estatura, acostado en el castillo de Belvedere, lo que no de edad de cuarenta á cuarenta y ciuco años. le dejaba otra alternativa que pasar la noche a quien su barba y bigotes negros daban, asi al sereno. Viendo que á todo turbio correr, si como sin duda la preocupacion interior que le se estaba peor en un confesonario que en la agitaba, una fisonomía sombria y severa. Sacama, se estaria siempre mejor en él que en bia, pues, à que atenerse en este punto y esalgun surco, volvió à posesionarse, pues, de taba convencido que acababa de encontrarse su improvisada alcoba, se acomodó en ella lo con otro ser de la misma especie, si no de su mejor que pudo, y cerró los ojos, á fin de mismo rango. Esta conviccion era ya alguna volver a tomar lo mas pronto posible aquel cosa; pero no lo bastante para tranquilizar agradable sueño cuyo hilo habia sido inter- completamente al conde: un hombre desconorumpido momentáneamente.

terna en la mano, inclinado delante del altar pletamente solo en la capilla. lateral mas próximo al confesonario en que el estaba. Casi al mismo tiempo aquel hombre de dormirse; perdido en un mundo de conjese enderezó, aproximó la linterna á su boca y turas pasó el resto de la noche con la vista y la dió un soplo; despues, embozándose en esa el oido atentos tratando de dar una base algo capa medio italiana medio española, que los sólida á los edificios que sucesivamente edifisicilianos llaman un ferrajiolo, atravesó la caba su imaginacion. Entonces fué cuando iglesia en toda su longitud, apagando el ruido recordo aquella tradicion de la familia en la de sus pasos todo lo que le fué posible, pasó que se hablaba de un subterráneo, en donde tan cerca del conde que don Fernando hubiera un marqués de San Floridio, proscrito y podido tocarle estendiendo el brazo, avanzó reció cerrándola con llave.

Don Fernando habia permanecido en su puesto mudo é inmóvil, parte por el temor, parte por la sorpresa. Nuestro jóven conde, encuentran en los romances, uno de esos hé- conde: pensó que aquel secreto que creia roes, que, como Nelson, preguntan á los encerrado en una tumba, podia muy bien haquince años que es el miedo. No, era simple- ber sido descubierto por la casualidad. La supersticioso, como se es general en Sicilia, ó que el subterráneo habia llegado á ser la guacomo sucede en cualquier otra parte cuando rida de una compañía de bandidos y que hase encuentra uno de noche solo en una capilla bia tenido el honor de hallarse frente del casolitaria con sepulcros bajo los pies, un altar pitan; pero bien pronto don Fernando refledelante de sí. Dios por encima de la cabeza y el xionó que hacia mucho tiempo no habia oido silencio alrededor. Asi, aunque don Fernando hablar de ningun robo considerable ni de llevó la mano desde luego á su espada á fin de asesinato alguno de importancia en las cercadefenderse contra aquella aparicion, cualquie- nias. Habia habido, como siempre, algunos ra que fuese, vió sin disgusto, sorprendido, robos de bolsillos y de carteras, algunas cucomo habia sido de pronto, en medio de un chilladas por uno ú otro sitio, que una ó dos

cido no penetraba asi en una capilla donde Habia caido poco á poco el conde en aque- evidentemente nada tenia que hacer, sin allla especie de crepúsculo interior en que ni es guna idea mala. Debemos, pues, confesar que ya de dia ni tampoco es todavía de noche para el corazon del jóven conde latía violentamente la imaginación, cuando el oido, ese sentido cuando vió pasar á aquel hombre á dos pasos que se duerme el último, le trasmitió vaga- de distancia; y aquellos latidos que probaban, mente el ruido de una puerta que abrian y que fuese cualquiera la causa, una sobreescitaal abrirse crugian sus goznes. Se incorporó al cion violenta no cesaron sino diez minutos punto el conde, dirigió sus miradas á la igle- despues de haberse cerrado la puerta y cuansia, y vió á un hombre que llevaba una lin- do don Fernando se aseguró que estaba com-

Se comprende, que ya no trató el jóven sentenciado á muerte habia permanecido oculto hácia la puerta de salida, la abrió, y desapa- cerca de diez años; pero sabia tambien que su tio habia muerto sin tener tiempo de conflar à nadie el secreto del subterraneo. Sin embargo; este recuerdo, por mas incompleto é incoherente que fuese, era un rayo de luz no era una de esas almas de hierro que se en medio de la noche que rodeaba al jóven mente un jóven valiente y aventurero; pero primera consecuencia de esta nueva idea, fué capitan vigilante; pero nada de todo esto pro- manchasen de lodo sus botines y su perro, tibaba que hubiese una compania organizada, ró dos ó tres gallinetas que erró; llegado cerpermanente y mandada por un gefe tan re- ca de la capilla tomó derecho hácia la puerta, suelto, como parecia serlo el hombre de la la abrió y la cerró tras de si sin haber sido capa: era, pues, preciso abandonar esta hipótesis.

Sin embargo, mientras que el jóven conde, hacia y deshacia mil conjeturas, el tiempo pasaba y los primeros rayos del dia comenzaban à aparecer; pensó que si queria mas tarde profundizar aquella estraña aventura de lo opaco de la luz que penetraba á través seria preciso que no sé dejase ver en los alresubió con la ayuda de muchas sillas á una ventana y la abrió, se dejó deslizar por fuera, cavó sin accidente desde una altura de ocho ó zas el conserge le prometió decir al marqués y à la marquesa que habia vuelto la vispera, como una media hora despues que ellos.

Gracias á esta precaucion pasaron las cosas como el jóven conde habia deseado; y cuando bajó para almorzar el marqués se dió por satisfecho con tal facilidad con la escusa instinto de aquel animal fiel, ya no dudó que que su hijo le dio por su desaparicion de la el desconocido habia salido por aquella parte dre engañado por el conserge sobre el tiempo cuidado, no vió señal de una salida cualquieque aquella habia durado no la daba sino una ra, de modo, que despues de una hora de mediana importancia.

No fué asi la marquesa; habia velado hasse guardó muy bien de decir una palabra so- raba. bre esta escapatoria por temor de que su querido don Feruando no fuese reprendido. Por habia ya fijado en el único partido que le otra parte siempre hay en las primeras ausencias nocturnas de un hijo alguna cosa que hace sonreir el amor propio de una madre.

en su lecho, don Fernando había esperado ciertos arreglos preparatorios y una indepenal principio indemnizarse de la interrupcion causada en su sueño por el hombre misterio- dia esperar en Siracusa, colocado como estaso; mas apenas hubo cerrado los ojos aque- ba, bajo la doble vigilancia del marqués y de lla aparicion se habia reproducido en su me- la marquesa, asi, su plan fué prontamente fimoria, y á pesar de la fatiga de que estaba jado. rendido el jóven, el sueño habia constantemente huido lejos de él. Don Fernando no nos donde habia caza abundantisima y como habia hecho, pues, mas que pensar en su el joven era buen tirador cuando no era soraventura nocturna cuando llegó la hora de al- prendido por distraccion alguna en el momorzar y se habia visto obligado á bajar.

armado con su escopeta seguido de su perro, gallinetas para su comida.

veces á la semana interrumpian el sueño del I tranquilizar su conciencia y á fin de que se visto. La cosa no tenia nada de asombroso: era la una de la tarde, y à la una de la tarde à menos de ser trasformado en lagarto como Stellio por Céres no es costumbre en Sicilia de recorrer los campos.

A pesar de la pequeñez de las ventanas y de vidrios de colores, habia suficiente luz en dedores de la capilla. En consecuencia, apro- lo interior de la capilla para que don Fernanvechándose del crepúsculo que habia todavía, do pudiese entregarse á sus investigaciones. Comenzó por ir derecho al confesonario, donde se habia quedado dormido: desde alli miró hácia el altar delante del que habia visto indiez pies, entró en Siracusa en el momento en clinarse al hombre de la capa. Entonces fué que se abrian las puertas, y mediante dos on- al altar y buscó por los dos lados por ver si se encontraba una salida cualquiera, mas nada vió. Sin embargo á la derecha del tabernáculo su perro olfateaba obstinadamente la pared, como si hubiera reconocido una pista y miraba à su amo exhalando aullidos sordos y prolongados. Don Fernando que conocia el vispera, que conoció perfectamente que su pa- de la pared; pero despues de examinar con inútiles investigaciones salió don Fernando de la capilla desesperando de descubrir, por ta el lia y habia oido entrar á su hijo; pero los medios ordinarios, el misterio que encer-

Al salir de la capilla, el jóven conde se quedaba por tomar: y era, encerrarse de nuevo de noche en la capilla, espiar al hombre de la capa, y con ayuda de la oscuridad sor-Hallandose en su habitacion y en seguida prender su secreto. Este proyecto necesitaba dencia y libertad, que don Fernando no po-

Al volver, pasó de nuevo por los pantamento de disparar, bien pronto hizo un hon-Hemos dicho que el almuerzo pasó para roso acopio de gallinetas, zarcetas y codordon Fernando lambien como hubiera podido nices. Al volver à su casa, depositó el proesperar; asi, animado por la indulgencia de ducto de su cacería á los pies de su madre, y su padre, el conde habló con una aparente declaró que se había divertido tanto en la indiferencia de ir à cazar en los Pantanelli. El escursion que acababa de hacer, que con el marqués no puso ningun impedimento à aquel permiso del marqués y de la marquesa penproyecto y despues del almuerzo el conde saba pasar algunos dias en Belvedere a fin de poderse entregar, sin distraccion y con toda y provisto de la llave de la capilla, marchó comodidad, al placer de la caza. El marprometiendo á su madre traerla un plato de qués, que se acomodaba muy facilmente á todo siempre que él no debiese ir y que no El conde atravesó los Pantanelli para l fuera ó que no hubiese ido en litera, respon-

dió que no veia inconveniente en cllo, la Sin embargo, don Fernando no se daba marquesa intentó hacer algunas observacio- por vencido y pensaba pasar todavía la noche nes sobre aqueila diversion; pero el marqués siguiente en su puesto ordinario, cuando su respondió, que por el contrario, la caza era madre le envió á decir que habiendo sabido un placer enteramente aristocrático y que le que su hermana, abadesa del convento de las parecia convenir perfectamente à un noble. Ursulinas de Catania, estaba enferma de gra-El mismo añadió se habia entregado á ella er vedad, desearia hacerla una visita, y le rogasu tiempo y para sus antepasados habia sido ( , | ba la sirviese de caballero. Don Fernando, por ejercicio favorito. Por otra parte, en la misa a mas dueño absoluto de su voluntad que fuese, antigüedad la caza estaba especialmente re- estaba educado en las tradiciones del respeto servada á los caballeros de las mejores casas, aristocrático á sus padres. Recomendo al jartestigo Meleagro que era hijo de Venus y rey dinero que en su ausencia observase con cuide Calydon. Hércules que era hijo de Júpiter dado si el hombre de la barba negra volvia à Júniter y de Latona, es decir, de dios y de la disposicion de la marquesa. diosa, no tenia ninguna mancha en sus cuarteles paternos y maternos, de modo, que hubiera podido, como él, marqués de San Flo- Fernando; que aborrecia aquel medio de locoridio, ser en justicia caballero de Malta. El moción, pidió el permiso de acompañar á su marqués sabia bien que habia una gran dis- madre á caballo. El permiso le fué concedido, tancia de la serpiente Pyton, del leon de Nemea y del jabali de Calidonia à las gallinetas, qués, un ejercicio menos aristocrático que la á las codornices y á las zarcetas; pero en to- caza, y haciendo parte de los que esencialdo caso, su hijo por valiente que fuese, no mente convienen à la educacion de un noble. podia matar sino lo que encontraba, y si por casualidad su perro levantaba un monstruo cualquiera estaba cierto de que don Fernando do se aproximaban á Milliti, vió el conde salir le daria la muerte.

à tar sabia arenga; asi que se contentó con en direccion contraria. A medida que aquel suspirar, abrazar a su hijo y recomendarle hombre se aproximaba, le miraba don Fernanfnern prudente.

instalado en la casa de campo del marqués de San Floridio, la cual estaba situada á quinientos pasos escasos de la capilla gótica, que era una dependencia de ella.

Por mas deseo que tuviese el jóven de renovar en el momento su nocturna esperiencia, forzoso le fué esperar al dia siguiente. curarse la llave de la puerta del parque y tomar algunos informes en la vecindad.

noticias exactas sobre aquel estrangero.

Llegada la noche, salió don Fernando por la puerta del jardin, armado con su espada y diese señal de ello.

Fernando que habia sido un sueño y que su nirse á la litera de la marquesa. perro habia olfateado la pista de algunos ra-

y de Semele, y en tin, Apolo que era hijo de Belvedere, y partió al punto para ir à ponerse

La marquesa partió à la mañana siguiente; pensaba ir con su hijo en litera, pero don no siendo la equitacion, segun decia el mar-

La marquesa y el conde partieron á la hora prefijada acompañados de sus campieri. Cuanun hombre à caballo, que por el camino que La pobre madre nada tenia que responder llevaba debia necesariamente pasar junto á él do con mas atencion, le parecia reconocer en La misma noche, don Fernando se habia el al hombre de la capa: cuando estuvo à veinte pasos de él, ya no le quedó duda.

Veinte proyectos à cual mas insensatos cruzaron en el instante por la imaginacion del ióven: queria ir derecho al desconocido, ponerle la pistola á la garganta, y hacerle confesar qué era lo que habia venido á hacer en la capilla de su familia: queria seguirle de le-Le era preciso conocer las localidades, pro- jos, y en llegando á Belvedere hacerle detener, ó esperar la noche, volverse á toda rienda, v ocultarse de nuevo en el confesonario Los informes no tuvieron resultado. Re- para sorprenderle: luego examinaba unas descordaban, con efecto, haber visto venir de pues de otras las dificultades, ó mas bien imtiempo en tiempo á Belvedere un hombre, posibilidades de aquellos diversos planes, y cuvas señas correspondian á las que daba el reconocia que no solo eran impracticables, conde; pero no se conocia á aquel hombre. sino que en cambio le impedian llegar á su Sin embargo, el jardinero prometió adquirir destino. En esto el hombre de la capa habia pasado.

Don Fernando, que se habia quedado atrás, inmóvil en el camino, como si él y su caballo un par de pistolas, se encaminó solo hácia la estuviesen petrificados, fue distraido de sus capilla, se encerró alli, se acomodó en el con-reflexiones por uno de los campieri de su fesonario, se instaló en él como un centinela madre que iba á preguntarle de parte de la en su garita, y veló hasta el dia sin ver de marquesa la causa de aquella estraña detennuevo la aparicion ni ningun otro suceso que cion bajo un sol de treinta y cinco grados. Don Fernando respondió que examinaba el El dia siguiente y los otros dos por la no- paisage, que desde el punto en que se hallache, el conde renovó la misma esperiencia ban le parecia de lo mas pintoresco; y arrisin obtener resultado. Comenzó á creer don mando la espuela á su caballo, volvió á reu-

> Sin embargo, una cosa tranquilizaba á don Fernando; que las visitas del desconocido á la

12

capilla de su familia eran sin duda periódicas, te; únicamente que se le conocia como un convertir en realidad.

Jamás el conde habia visto tal reunion de ojos cuando para que se distrajera algo. negros y blancas manos: al principio se aturdió hasta el punto de no saber á cual dirigir- habia llegado á casa de los Rizzo con aquel ballero tan elegante, y las santas hijas estaban continuaban conservando dudas sobre el sexo en movimiento. En fin, al cabo de dos ó tres del personage. dias, habia habido ya mucho cambio de miradas con las mas lindas, y muchos billetes des. de amortiguar la curiosidad del jóven conde, lizados en las manos de las menos severas; no hizo sino escitarla mas y mas: asi desde la el convento. Pero don Fernando prometió á su rodar sobre sus goznes y cerrarse en seguida; ra visita, que volveria à verla en cuanto le sia misma: aquella linterna, como la primera to por la santa comunidad, y cambió la deses- don Fernando reconoció al hombre de la capa.

venerable tia, en medio de todos aquellos ojos nando no pudo distinguir, se aproximó á la sicilianos, los mas bellos ojos del mundo, don pared, pareció que introducia una llave en su Fernando acaso hubiera olvidado el misterio cerradura, entreabrió una puerta secreta que, de la capilla; pero una vez de vuelta á Sira- practicada entre dos pilastras hacia mover un cusa, no pensó ya en otra cosa: pretestó una cuadrado de sillería, cerró aquella puerta derecaida en la pasion por la caza, y corrió de trás de sí, y desapareció.

nuevo á instalarse en el castillo de Belvedere. Aquella vez don Fernan

El hombre de la capa habia vuelto á apa- pierto; no le quedaba duda, no era una vision. recer, y el jardinero, prevenido esta vez, le habia segnido la pista y habia tomado nuevos conducta que debia seguir. Si hubiese sido de informes; estos informes, por lo demas, se dia, si hubiese tenido testigos para aplaudir reducian á muy vagas luces. Del nombre del su valor, si hubiese estado escitado por un

y que habiendo trascurrido seis dias desde la personage muy caritativo, que cada vez que ultima que habia hecho hasta la que el supo- iba á Belvedere hacia numerosas limosnas. Se nia iba á hacer aquella noche misma, no tenia detenia ordinariamente en la casa de un almas que aguardar otros seis dias para verle deano llamado Rizzo. El jardinero habia ido á reaparecer. Continuó, pues, su camino, un po- casa de este aldeano y habia preguntado á toco tranquilizado con aquella probabilidad, que da la familia, mas no habia sabido nada, sino la confiada imaginación del jóven no tardó en que el hombre de la capa, en diferentes ocasiones, les habia hecho algunas visitas bajo el Al llegar à Catania, la marquesa halló à su pretesto de informarse de la habitacion de los hermana infinitamente mejor. La venerable mas pobres habitantes de Belvedere. Mny 4 abadesa, habiendo recibido al arzobispo de Pa- menudo les habia encargado comprar alimenlermo á su paso por Catania, le habia ofrecido tos de varias clases, como pan, jamon y frunna espléndida comida, y habia tenido, por tas, los que él mismo distribuia á los necesihacerle honor, una indigestion de merengues tados. Dos ó tres veces únicamente habia ido y dulces. La intensidad del mal habia sido tan acompañado de un jovencito envuelto en una grande, que al principio se creyeron amena- larga capa, y que cada vez estaba mas triste. zados los dias de la abadesa, y se habian apre- A pesar del cuidado que tenia en ocultarle, los surado á escribir á la marquesa; pero la en- aldeanos habian creido reconocer en aquel jófermedad habia cedido bien pronto á los re- ven una muger, y habian dado broma al hommedios que la ciencia la habia opuesto, y la bre de la capa por su buena suerte; pero el digna abadesa estaba en aquel momento fuera desconocido habia llevado á mal la broma, v habia respondido con un tono que no admitia Don Fernando, en su cualidad de sobrino réplica, que el que le acompañaba y tenian de la superiora, habia sido recibido en el re- por muger, era un colegial de beca, pariente cinto donde no se admitia á los profanos y re- suyo, que no podia acostumbrarse á vivir en servado unicamente á las ovejas del Señor. el seminario, y á quien hacia salir de vez en

Hacia unos quince dias que el desconocido se: por su parte las monjas jamás habian vis- jovencito ó aquella jóven, porque á pesar de to sino á través de la reja del locutorio un ca- la esplicacion dada por el hombre de la capa,

Todo esto, como se comprende bien, lejos cuando la marquesa anunció á su hijo que es- noche siguiente estuvo en su puesto; pero ni tuviera pronto à la mañana siguiente para vol- aquella noche ni la siguiente vió aparecer al ver con ella à Siracusa, la nueva de aquella que aguardaba. En fin, la tercera noche, la partida vino á arrancar al conde à sus sueños sétima que habia trascurrido desde su encuende oro, é hizo derramar muchas lágrimas en tro en el camino, sintió la puerta de entrada tia, habiéndola visto por primera vez y ha- un instante despues brilló de repente una linbiéndola tomado mucho afecto desde la prime- terna como si se hubiese encendido en la iglefuese posible. Esta promesa corrio al momen- vez, se aproximó al confesonario, y à su luz peracion de la marcha en una dulce me- Aquel hombre marchó derecho al altar, levantó el escalon que formaba el último de sus En Catania, en el convento dirigido por su tres escaleras, y cogió un objeto que don Fer-

Aquella vez don Fernando estaba bien des-

Don Fernando reflexionó entonces sobre la hombre de la capa nada se sabia absolutamen- movimiento de orgullo cualquiera, hubiera ido derecho á el, y espada en mano le hubie-Pero estaba solo, era de noche, nadie estaba ponerse en guardia: don Fernando escuchó la voz de la prudencia. Por tanto he aqui lo que la prudencia le aconsejó.

El desconocido estaba arrodillado delante del altar y habia levantado una piedra; de debajo de aquella piedra había tomado un objeto, que debia ser una llave, puesto que con aquel objeto habia abierto una puerta. Sin duda al salir depositaria la llave en el sitio hacer el conde, era pues, esperar à que se marchase, tomar la llave, abrir la puerta á su hasta el fin. vez, y penetrar en el subterráneo.

Este plan era tan sencillo, que no debe causar admiracion se ocurriese à la imaginacion de don Fernando, ni de que su imaginacion se fliase en él. Eso no impedia, como podrian presumir algunas imaginaciones hombre le repetia lo que ya le habia referiaventureras, que don Fernando fuese un jóven muy valiente y muy caballeresco; pero, como hemos dicho, nadie le veia, y la prudencia vencia al orgullo.

Asi esperó cerca de dos horas sin ver aparecer á nadie. Las cuatro de la madrugada acababan de dar, cuando por fin la puerta se la capilla. volvió à abrir: el hombre de la capa salió con la linterna en la mano: se acercó de nuevo al altar, levantó la piedra, ocultó la llave, volvió à ajustar el escalon, de manera, que fuese imposible conocer que se levantaba o vantó de nuevo el escalon, encontró la llave bajaba a voluntad; pasó de nuevo a un palmo de don Fernando, apagó su linterna como ha- oscura. Esta vez, armado de su linterna, se bia hecho la primera vez, y salió, cerrando aventuró en ella animosamente. Mas apenas la gran puerta de entrada y dejando solo á hubo andado veinte pasos encontró una esdon Fernando en la iglesia, y casi dueño de calera, y al pie de la escalera una puerta cersu secreto.

conde de concluir aquella estraña aventura, la puerta para ver si se abria. La puerta percomo no habia tenido la precaucion de proveerse de una linterna, forzoso le fué esperar el dia. Por otra parte, cada minuto de re- medio de hacer saltar la cerradura. Por un traso daba al hombre de la capa suficiente momento se le ocurrió llamar; pero como vetiempo de alejarse, y á don Fernando una rídicos historiadores debemos confesar que en probabilidad mas de no ser sorprendido.

en sin à través de los vidrios de colores de la terrible le parecia todo en semejante situacapilla: don Fernando salió de su confesonario, se aproximó al altar, levantó el escalon, un boton de madera del que tiró hácia si, y naza. que dejó caer en su mano una llayecita reá la pared y guiado por esta vez de la certe-za, descubrió al cabo en el ángulo de la pi-el transeunte se dirigió á la derecha y des-

esperado á aquel hombre á su salida, hubiera [lastra un agujerito redondo casi invisible por la sombra que proyectaba la columna. Al insra pedido la esplicación de aquel misterio, tante introdujo en el la llave y la puerta giró sobre sus goznes con una facilidad que su soalli para aplaudir su caballeresca manera de lidez hacia sorprendente: vió entonces una galería oscura, cuya humedad llegó hasta él. y le enfrió. Por lo demas, ni un rayo de luz ni un ruido.

Don Fernando se detuvo. Era demasiado mprudente aventurarse asi bajo aquella bóveda: una trampa abierta en el camino podia castigar cruelmente por su curiosidad al indiscreto indagador. Habiendo cerrado la puerta v satisfecho de aquel principio del descudonde la habia tomado, y se alejaria de nue- brimiento, volvió á entrar en el castillo, devo por siete u ocho dias. Lo mejor que podia cidido a proveerse de una linterna para la noche siguiente, y à llevar su investigacion

Don Fernando pasó todo el dia en una agitacion fácil de comprender; veinte veces hizo venir al jardinero para hacerle preguntas; y siempre, como si tuviese que decir alguna cosa que ya no hubiese dicho, el buen do, añadiendo, sin embargo, que el hombre de la capa habia sido visto la vispera en la aldea. Esto estaba perfectamente en consonancía con la aparicion de la noche, y afirmó á don Fernando en la opinion que tenia va. que era el mismo hombre que habia visto en

A las diez, salió don Fernando del castillo con una linterna sorda, iba armado de un par de pistolas y de una espada. Entró en la capilla sin encontrar à nadie en el camino, leen su lugar, abrió la puerta y vió la galería rada, cuya llave no tenia. Don Fernando, irri-Por mas impaciencia que tuviese el jóven tado con aquel inesperado obstáculo, meneó maneció inmóvil y el jóven conde comprendió que sin una lima y una tenaza, no habia el momento de gritar se detuvo con un es-Los primeros rayos del dia se deslizaron tremecimiento involuntario; tan misterioso y cion, aun el ruido de su propia ira.

Salió, pues, lentamente de la galería, cerque cedió à su impulso como habia cedido al ró la puerta, metió la llave en el sitio acosdel desconocido; pero no halló nada de lo tumbrado y volvió a tomar el camino del casque buscaba. En fin, en una escavación vió tillo para procurarse allí una lima y una te-

En el camino encontró á un hombre que donda semejante á una llave de piano: la co- no pudo reconocer en la oscuridad; por gió, la examinó con cuidado, volvió á colocar otra parte, al verle, el hombre habia ido por el escalon en su sitio, se aproximó á su vez el otro lado del camino, y cuando don Feren los juncos que costeaban el camino.

Don Fernando continuó su camino sin fijaruna porcion de gentes que por la noche, horas en esta capilla? cuando no se hacen las encontradizas, no quieren ser encontradas. Sin embargo, por lo caballerito? dijo el desconocido con una sonque habia podido ver el jóven conde, aquel risa burlona; ¿y quién sois, si teneis á bien, hombre que acababa de encontrar estaba en- para hablarme con ese tono? vuelto en una gran capa semejante à la que ciéndose aquella sospecha à la imaginacion familia. de don Fernando, sintió el efecto de un nuevo aguijon que le impelia á llevar á cabo el negocio aquella misma noche. Don Fernando se había hecho á si mismo hacia algunos dias una porcion de concesiones que algunas veces miraba como demasiado prudentes. Decidió, pues, concluir aquella vez, y no retroceder delante de nadie.

Don Fernando no halló ni lima ni tenaza; pero puso la mano sobre un alicate, lo que venia á ser lo mismo, á no ser que en lugar de abrir la segunda puerta fuese preciso derribarla. Al punto á que habia llegado, poco le importaba, como se comprenderá, la manera vuestro secreto ó vuestra vida! de que cediera aquella puerta, con tal que cediese. Armado de este nuevo instrumento, y despues de renovar la bugía de su linterna, brillar el acero del jóven, le separó vivamendon Fernando volvió á tomar el camino de la te con la suya.

lo habia dejado. La puerta de entrada estaba habia conocido por la manera particular de cerrada con dos yueltas como él la habia cer- hacer la parada que su adversario era commó al altar, levantó el escalon, tiró del bo- ma. No sois noble, mi quarido amigo, puesto en su ausencia y estaba en aquel momento en tro secreto ú os hago ahorcar. el subterráneo.

nando estaba decidido á no retroceder delante un paso adelante como para arrojarse sobre el de nada: se levantó pálido; pero tranquilo: conde, se paró y se contuvo. examinó los pistones de sus pistolas, se aseguró de que su espada salia libremente de la fria, teneos, señor conde; yo deseo de tovaina y avanzó hácia la pared para escuchar do corazon no molestaros por el nombre que por si se percibia algun ruido; pero en el mo- llevais, pero me será imposible si insistis tomento en que aproximó su oido en el aguje- davía en saber lo que vo he venido á hacer ro, la puerta se abrió y don Fernando se aqui. Retiraos al instante mismo, olvidad lo encontró cara á cara con el hombre de la que habeis visto, cesad en vuestras visitas á

atrás iluminándose mútuamente con la linterna | aqui. Los San Floridio, lo sé, son personas de que cada uno de ellos tenia en la mano. El honor, y vos cumplireis vuestro juramento. hombre de la capa vió entonces que aquel con ! Con esta condicion os dejo vivir. quien tenia que habérselas era casi un niño y una sonrisa desdeñosa vagó por sus labios. Don Fernando vió esta soarisa, comprendió la deberias temblar! ¡preguntas cuando deberias causa de ella, y resolvió probar al desconoci- responder! ¿Quién eres? ¿qué vienes à hacer do que se engañaba en su juicio, y que era aqui? ¿á donde conduce esa puerta? Responde

Hubo un momento de silencio durante el cual los dos sacaron sus espadas, porque el l da al pecho del desconocido.

apareció como una sombra en los papiros y desconocido tenia una espada bajo su capa; pero no tenia pistolas.

-¿Quién sois, caballero? preguntó imperiose mucho en aquel encuentro, muy semejante samente don Fernando, rompiendo el primeà otros: en todos los caminos de Sicilia hay ro el silencio, ¿y qué venis á hacer á estas

-Y vos mismo, ¿qué venis à hacer aqui,

-Yo soy don Fernando, hijo del marqués llevaba el hombre de la capilla. Pero ofre- de San Floridio, y esta capilla es la de mi

- Don Fernando, hijo del marqués de San Floridio! replicó el desconocido con asombro. Y cómo estais aqui á estas horas?

-Olvidais que me toca à mi preguntar. ¿Cómo es que os hallais aqui?

-Eso, mi jóven señor, replicó el desconocido saliendo de la galería, cerrando la puerta v metiendo la llave en su bolsillo, es un secreto, que con vaestro permiso conservaré vo solo, porque à nadie pertenece mas que

-Todo lo que pasa en mi casa me pertenece, caballero, respondió don Fernando;

Y á estas palabras puso la punta de la espada ante la cara del desconocido, que viendo

-;0h! joh! replicó el jóven conde, que por Todo aparecia en el mismo estado que él mas rápido que hubiese sido el movimiento, rado. El conde entró en la iglesia, se aproxi- pletamente ignorante en el arte de la esgriton, le meneó; pero en vano; ya no había alli que no sabeis manejar una espada; sois simllave: sin duda, el desconocido habia vuelto plemente un villano, eso es otra cosa. Vues-

El hombre de la capa lanzó un rugido de Aquella vez, ya lo hemos dicho, don Fer- cólera; sin embargo, despues de haber dado

-Teneos, dijo entonces con bastante sangre esta capilla, juradme sobre ese altar que na-Los dos dieron instintivamente un paso die sabrá jamás que me habeis encontrado

> Entonces don Fernando rugió à su vez. -¡Miserable! esclamó, ¡amenazas cuando ó eres muerto.

Y el conde puso por segunda vez su espa-

Esta vez el hombre de la capa no se contentó con parar, sino que contestó, arrojando evitando responder á la pregunta; preguntalejos de si su linterna para librarse tanto co- reis por la casa de Gaëtano Cantarello: entramo fuese posible de los golpes de su adversario; pero don Fernando, estendiendo el brazo izquierdo hácia él, le ifuminó con la suya, y bre el que está marcada una cruz; bajo aquel una lucha terrible se empeñó entre la fuerza ladrillo hay una cajita, y en aquella cajita sede un lado y la destreza del otro. En frente del peligro, don Fernando habia recobrado su valor: durante algunos segundos se contentó con parar con tanta destreza como sangre fria los golpes inespertos que le tiraba su enemigo: despues, atacándole á su vez con la superioridad que tenia en las armas, le obligó à retroceder, le arrinconó en una columna, y viéndole, en fin, en la imposibilidad de descomponerse mas, le dió en el pecho tan atroz estocada, que la punta de su acero no solo atravesó el cuerpo del desconocido, sino que fué á embotarse en la columna. Hizo en seguida una retirada sacando su espada de la herida, y poniéndose otra vez en guardia.

Hubo de nuevo un silencio mortal, durante el cual don Fernando, iluminando al desconocido con su linterna, le vió llevar la mano izquierda al pecho, mientras que su mano dere- lería. cha, que no tenia ya fuerza para sostener su espada, fué bajándose lentamente y dejó escapar su arma: al fin el herido se inclinó lentamente sobre sí mismo, y cayó sobre sus rodillas diciendo:

-; Soy muerto!

temor de una sorpresa, creo que no hariais mal en ocuparos de vuestra alma, que no me lado y no le hizo sino una leve herida. parece en un estado de completa gracia. Os aconsejó, pues, si teneis algun secreto que revelar, no perdais tiempo; si es un secreto que no puede ser confiado mas que à un sacerdote, decid una palabra é ire á buscar uno.

-Si, dijo el moribundo, tengo un secreto, y un secreto que os concierne, suponiendo que, como habeis dicho, seais el hijo del marqués de San Floridio.

-0s lo he dicho y lo repito; yo soy don Fernando, conde de San Floridio, el único heredero de la familia.

-Aproximaos al altar y jurádmelo sobre el

El conde se irritó al principio à la idea de este mode ocultarla à su adversario. de que un villano rehusase creerle bajo su pagradas y prestó el juramento pedido.

-Está bien, dijo el herido; ahora aproximaos á mí, señor conde, y tomad esta llave.

El jóven avanzó precipitadamente, estenuna llave. El conde conoció al tacto que no era esta la llave de la puerta secreta.

-¿De qué es esta l'ave? preguntó.

-Ireis à Carlentini, anadió el moribundo reis solo en esta casa, solo, ¿ois? En la alcoba hallareis à los pies de la cama un ladrillo sosenta mil ducados; los tomareis, son vuestros.

- 20ué quiere decir toda esa historia? preguntó el conde, ¿acaso os conozco? ¿quiero yo heredaros?

-Esos sesenta mil ducados os pertenecen, señor conde, porque han sido robados á vuestro tio el marqués de San Floridio de Messina. Han sido robados por mi, Gaëtano Cantarello, su criado; y esto no es una herencia, es una restitucion.

-Herencia ó restitucion, poco me importa, esclamó el jóven; no son sesenta mil ducados los que yo busco aqui, ni está alli el secreto que vo quiero saber. Tomad, añadió el conde arrojando la llave á Cantarello, he ahi la llave de vuestra casa; dadme en cambio la de esa

Y señaló con el dedo la puerta de la ga-

-Acercaos á tomarla, dijo Cautarello con voz moribunda, porque yo no tengo ya fnerza para dárosla: aqui, aqui, en este bolsillo.

Don Fernando se adelantó sin desconfianza v se inclinó sobre el moribundo, pero éste le cogió de repente con la mano izquierda con -Si estais herido tan gravemente como de- la desesperacion de la agonia, y volviendo á cis, replicó don Fernando sin moverse, por coger su espada con la mano derecha, le tiró una estocada que felizmente resbaló por un

-¡Ah, miserable traidor! esclamó el conde cogiendo una pistola de su cinturon y descargándola á boca de jarro sobre Cantarello, mueque yo puedo oir, heme aqui; si es un secreto re, pues, como un réprobo y como un perro, puesto que no quieres arrepentirte como un cristiano y como un hombre.

Cantarello cavó hácia atrás. Esta vez habia quedado muerto.

Don Fernando se aproximó á él con su segunda pistola en la mano, por temor de una nueva sorpresa: despues, seguro de que nada tenia que temer, le registro por todos lados; pero en ningun bolsillo encontró la llave de la puerta secreta. Sin duda en la lucha, Cantarello la habia arrojado detrás de él, esperando

Entonces don Fernando recogió su linterlabra; pero pensando que debia tener alguna na, que habia dejado caer, y se puso á buscar indulgencia con un hombre que iba à morir aquella llave que se le escapaba siempre de por causa suya, se aproximó al altar, subió las un modo tan estraño. Al cabo de algunos instantes, debilitado por la sangre que perdia, sintió zumbar su cabeza como si todas las campanas de la capilla sonasen à la vez; los pilares que sostenian la bóveda le parecieron dió la mano, y el moribundo depositó en ella destacarse de la tierra y volverse hácia él; se le figuró que las paredes se le acercaban y le ahogaban como las de una tumba. Se lanzó hácia la puerta de la capilla para respirar el